

90/166



# CALAHORRA

CIUDAD MILENARIA



PUBLICACIONES DE LA CAJA DE AHORROS Y MONTE DE PIEDAD DE ZARAGOZA,  
ARAGÓN Y RIOJA

INSTITUTO ESTUDIOS RIOJANOS



\*10015029484\*

R 12345

R 20734

90/166

Catedral



# CALAHORRA

## ciudad milenaria

### 1. Privilegiada situación geográfica.

Sobre una meseta de 358 metros de altitud, ligeramente inclinada de SE. a NO., defendida por los fosos naturales de los ríos Ebro y Cidacos, nace, en época tan remota que se adentra en los límites de la leyenda, un núcleo



INSTITUTO DE ESTUDIOS RIOJANOS

BIBLIOTECA

de población que, a lo largo de su dilatada historia, ha de representar un papel cultural, económico y social importante.

Aquí, exactamente aquí, nace una ciudad que lo mismo que ha dejado huella en la inmutable página de la historia, ha tomado de ésta, convertidas en piedra y en leyenda, algunas de sus mejores insignias.

A lo largo de esa gran arteria que es el Ebro, Calahorra, en su meseta, goza de una situación de privilegio, puesto que no sólo se beneficia de las terrazas del río y de su agua, sino también del pasillo natural que ha ido excavando su cada vez menos impetuosa corriente.

Y si el agua se convierte en pimientos de justa fama, en espárragos de exposición y hace de la huerta jardín, el pasillo surcado por el río ibérico convierte este jardín calahorrano en huerto de Bilbao y San Sebastián, en despensa de Zaragoza y en materia prima de la industria navarra, aparte de la propia.

Como cerca de la ciudad van a morir al Ebro Cidacos y Alhama, Ega, Arga y Aragón, los caminos al Pirineo o al calizo Sistema Ibérico están francos y por ellos vendrán los aires de Soria y de Madrid, de Pamplona y Francia.

En Calahorra termina la montaña y empieza el llano o, si se quiere, al revés, con sus dos economías distintas y complementarias de las que siempre nace un mercado importante.

Por Calahorra pasa el cordón umbilical de la industria española: Vizcaya-Cataluña.

Calahorra está en la cola de las borrascas cantábricas que hacen verdear la tierra y a la cabeza de los aires mediterráneos que templan el clima. Entre la vaca y la oveja; entre el roble y la encina; entre el mundo de la castañuela y del chistu y a 267 kms. de la sardana.

Ella habla castellano, pero a sus puertas se entienden en vascuence y francés y, un poco más allá, en catalán.

Si la hacemos centro de un círculo de 350 kms. de radio (cuatro horas y media por una carretera de hoy, tal vez sólo tres mañana), Madrid, Santander, Teruel, Avila, Tarragona, Valladolid, Pau, Bayona, Lourdes). Por eso los calahorranos, a la hora de elegir playa, tanto presumen de Cantábrico como de Mediterráneo, pues el Sardinero santanderino o el Salou tarraconés sólo difieren en 50 kms.

Esta es, pues, tierra naturalmente rica, abonada encima por los que buscando contrastes económicos, climatológicos, lingüísticos, artísticos, hacen de ella zona de paso y a Calahorra, ciudad-etapa, hito obligado, que trata de detener al caminante con un comercio floreciente, con una cocina sabrosa, con piedras hechas retablos, con gestas que, por inverosímiles, abortan mitos, leyendas.

Calahorra está en medio de dos economías diversas, de dos culturas diferentes, de dos climas antagónicos y eso le ha hecho ser no sólo distinta,



Iglesia de Santiago

sino codiciada por todos. Los reyes castellanos, aragoneses y navarros se la disputarán durante toda la Edad Media como sólo se disputan las cosas que valen.

Tal vez por ello, el calahorrano de hoy sea hospitalario, abierto a toda innovación, y tenga un carácter franco como su frontera.

## 2. Calahorra, una ciudad histórica.

Por supuesto que Calahorra no está anclada en el tiempo, en su pasado, puesto que se mueve y progresa y camina. Pero eso no resta para que posea su historia propia, para que pueda presentar un pasado glorioso.

Claro está que no podemos remontar su nacimiento hasta Tubal, nieto de Noé, como se ha pretendido, principios más bien de la fantasía que de la realidad.

En sus comienzos, la zona donde está enclavada pudo motivar la fricción entre hombres africanos (epigravetienses-capsienses), luego llamados iberos, y pueblos del norte de España (auriñaco-magdalenenses), los pintores de Altamira, sobre los que incidirían, en el albor del metal, gentes del centro de Europa, los celtas, que desplazarían a los anteriores, se asentarían en esta zona y habrían de permanecer en adelante puros en la Rioja, llamándose Pelendones y Berones.

Cuando un refugiado romano, Sertorio, recorra el valle del Ebro con su ejército propio, existe ya un núcleo de población en Calahorra que hubo de ocupar, aunque sin mucha resistencia, ya que en Quinto Sertorio encontraron sus habitantes algo desconocido hasta entonces: un romano que amaba a Hispania, a sus pobladores, tal vez porque éstos le eran necesarios para sus intereses políticos.

Cuando, muerto Sertorio y vencidos sus partidarios, Pompeyo ataque a las ciudades sertorianas, Calahorra escribirá una bella página, ofreciendo una vez más el espectáculo de una ciudad hispánica que prefería el suicidio co-

Retablo de la capilla de San Pedro, en la Catedral





Sacristía de la Catedral

lectivo al cautiverio. De entonces data el «fames calagurritana» sufrido durante el asedio y el nacimiento de la figura de Matrona, origen de una de sus leyendas más atractivas.

Luego Calahorra será cesarista frente a Pompeyo, época de la que datan multitud de monedas de su ceca. Augusto agradecería estos servicios prestados a su tío Julio César, elevando a Calahorra a la categoría de ciudad romana.

Por eso, si no lo fuera ahora por las funciones que desempeña —que sí que lo es—, su trayectoria histórica le había valido este título y el derecho a usarlo desde antes del nacimiento de Cristo.

La Calahorra romanizada, es decir, ganada por y para la cultura romana, pronto entrará en el engranaje cultural del Imperio y prestará a Roma retóricos y poetas, soldados y héroes; y a la Iglesia, santos. Marco Fabio Quintiliano (siglo I), Aurelio Prudencio Clemente (siglo IV), gala y ornato ambos de las letras romanas; héroes como Bebricio, el soldado que se suicidará al enterarse de la muerte de su jefe, como lo hicieran antes los iberos, en virtud de la «devotio iberica» debida al señor. Emeterio y Celedonio (siglo II), mártires por su fe, patronos de la ciudad.

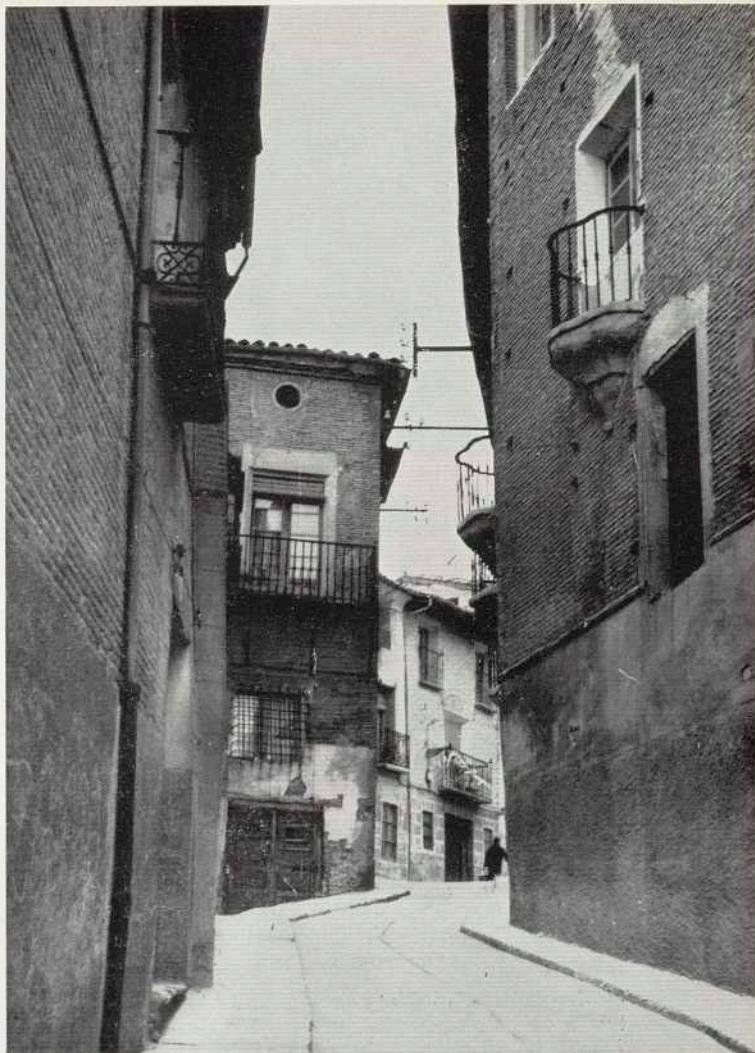
Desafortunadamente no han quedado a la vista muchos vestigios de esta época, aunque algunos estén ocultos bajo los edificios construidos posteriormente.

De la Edad Media queda igualmente poco. De la Calahorra musulmana, una de las principales ciudades del valle del Ebro, prácticamente nada, quizás el sistema de riego de su huerta. De la Calahorra cristiana, importante por su situación fronteriza, quedan como más interesantes algunos vestigios artísticos y urbanísticos (la Moza, el Cristo de la Pelota, gran parte de la vieja

Portada lateral o de San Jerónimo de la Catedral



Calle típica



Calahorra), su mercado —concedido por Alfonso X—, parte de su toponimia, su adscripción a Castilla y la importancia de su diócesis episcopal, plasmada no sólo en su catedral sino también en su magnífico archivo catedralicio, uno de los más sobresalientes de España.

El siglo XIV, crítico para toda Europa, lo fue también para Calahorra, nunca neutral en las contiendas internas de la época, que alcanzan al siglo XV. Por eso la población sufrió asaltos y depredaciones que incidieron sobre los restos arqueológicos.

Estas depredaciones y la expansión demográfica continuada de la ciudad, sobre todo en la segunda mitad del siglo XIX, hicieron que los restos romanos y medievales quedaran absorbidos en parte, de tal manera que, como Troya, la ciudad moderna está construida sobre otra, en este caso casi toda



Vista general de Calahorra

ella romana, de la que en cada excavación, en cada obra, salen vestigios, testimonios para el museo.

La incorporación de Navarra a la corona dúplice de los Reyes Católicos (1512) y la consiguiente pacificación de la frontera militar castellana con Navarra y Aragón fueron un golpe de efecto para la ciudad que, además, pronto habría de ser sangrada por los Austrias para sus ejércitos eminentemente castellanos.

Por eso se explica que una ciudad de cinco mil habitantes, populosa para el siglo XVI, sólo alcanzara seis mil casi trescientos años más tarde (1799), con un aumento del 20 % muy pobre, aunque solamente inferior en un 4 ó 5 % al aumento global para estas fechas, aproximadamente. En 1901, Calahorra tiene 9.495 habitantes, con un incremento de un 58 % en 102 años, aumento ligeramente inferior a la media nacional (69 % aproximadamente). En lo que va de siglo ha alcanzado momentáneamente su techo, llegando a sobrepasar en poco los 16.000, que pronto habrán de aumentar al calor del polo de desarrollo logroñés.

De cualquier manera, hoy es la segunda agrupación urbana por su número de habitantes, tras la capital de la provincia. Y encabeza una comarca bastante densamente poblada, de la que es su principal mercado, comarca que si incluimos los pueblos existentes en quince kilómetros a la redonda, incluso los navarros —doce minutos de tiempo—, alcanzará con Calahorra unos 60.000 habitantes, igualmente la segunda concentración provincial.

### 3. Calahorra, importante centro agrícola y conservero.

Pero la importancia de la capital de la Baja Rioja no se mide por el número de sus habitantes, sino por su riqueza económica derivada de ser un extraordinario centro agrícola, mercado comarcal, ciudad etapa e interesante

ciudad industrial, mientras que, por otra parte, es un señalado centro cultural comarcal, religioso y administrativo.

El que verdura, hortalizas, frutos de la huerta calagurritana sean aquí más caros que en los pueblos limítrofes o en Zaragoza, por ejemplo, pone de manifiesto la gran demanda de los mismos, demanda doble, puesto que compiten las ventas en fresco a los grandes mercados del Norte y las ventas para la industria comarcal.

El trabajo de la huerta bien regada por las antiguas acequias y el canal de Lodosa, que toman sus aguas algunos kilómetros río Ebro arriba, es una labor de jardinería, de vivero, de laboratorio. Por eso los resultados son de exposición.

Hasta la apertura del canal de Lodosa, alfalfa y remolacha eran señoras de la huerta; desde su inauguración, espárrago, pimiento, tomate y alcachofa, sobre otros, son sus mejores frutos, famosos en toda España. Es decir, la huerta calahorrana se ha especializado.

Sobre las tierras con agua, la vid hace honor al nombre de la región.

Industrialmente su fama se la debe a la transformación de los frutos de su huerta. Altas chimeneas de ladrillo denuncian las fábricas donde esos es-

Paseo del Generalísimo, con modernos edificios





La huerta de Calahorra, famosa por sus productos vegetales

párragos, tomates, alcachofas y pimientos se eternizan para llevar el nombre de Calahorra más allá de la frontera patria. Subsidiarias de la industria conservera nacen las de envases metálicos, cartonajes, litográficas y una importante flota de camiones.

Hay otras industrias (zapatillas, licores, caramelos, harinera, mecánicas, etcétera), casi todas ellas de pequeña y mediana entidad. Mas hoy este mundo industrial calahorrano parece estar en revisión, justo en el momento en que el II Plan de Desarrollo cuenta con la provincia de Logroño. Calahorra puede convertirse por su experiencia industrial, su importancia estratégica y el volumen de su capital de inversión no sólo en polígono de desahogo de la capital, sino en centro industrial propio.

Dentro de cuatro o cinco años, la Calagurris de Quintiliano debe alcanzar de 18.000 a 22.000 habitantes merced a la industria nueva.

Centro de una comarca riojano-navarra bastante densamente poblada, puesto que debe sobrepasar los cien habitantes por kilómetro cuadrado (la

media nacional está en torno a los 64), Calahorra es su mercado natural de primeras necesidades y no sólo conserva como reliquias medievales su mercado semanal y sus ferias anuales de ganado —que pronto habrán de convertirse en mecánicas para sobrevivir—, sino que alberga un importante y selecto comercio establecido, atracción de los núcleos de población circundantes, puesto que en menos de quince minutos se cubre el camino entre aquéllos, que suman casi 50.000 habitantes, y los escaparates calahorranos.

La carretera general que une el Cantábrico con el Mediterráneo a través de Zaragoza, las que conducen a Soria y Madrid (por Oncala o El Madero) y las que la unen con Pamplona (por Estella o Tafalla) canalizan y aseguran este comercio a caballo de múltiples líneas regulares.

(Mas aparte de ser centro comercial es, por la excelencia de esa ubicación, ciudad etapa como puede advertirse en el trasiego de sus calles comerciales o en los aparcamientos cercanos a los muchos restaurantes acreditados de la ciudad por su sabrosa cocina riojana.)

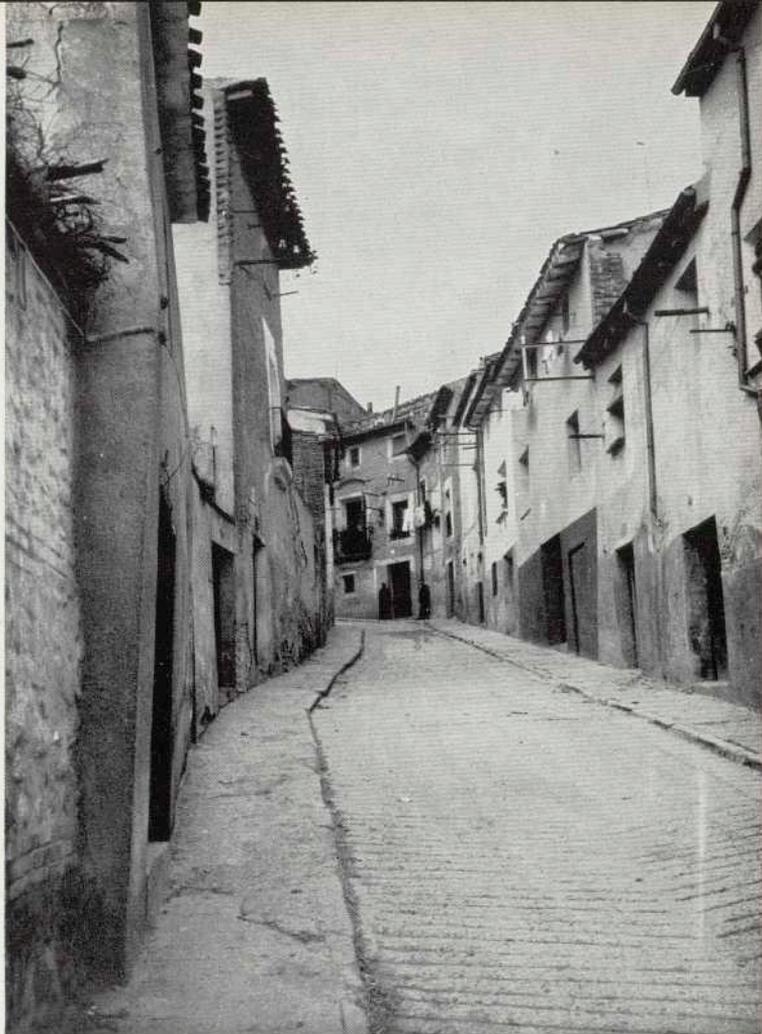




#### 4. Calahorra hoy.

Tras la capital de la provincia, Calahorra le sigue en orden de importancia como ordenadora y rectora de una gran comarca, la Baja Rioja y parte de la ribera navarra.

Efectivamente es un centro cultural interesante, sede de un Instituto Nacional de Enseñanza Media y de una Escuela de Formación Profesional, de una Sala de Exposiciones y varias de conferencias, amén de tres teatros, dos bibliotecas (Instituto y Ayuntamiento), un extraordinario Archivo catedralicio y otro menos importante, pero exquisitamente cuidado, en el Ayuntamiento, un Museo catedralicio y otro municipal, tal vez no estimado todo ello en lo que justamente vale.



Concentra también la ciudad los Juzgados de Primera Instancia e Instrucción y el Comarcal. Emisora de la Cadena Azul de Radiodifusión, periódico semanal, Delegación del Servicio de Extensión Agraria, con sus Plantas Piloto por toda la comarca, etc.

Es también, y sobre todo, centro eclesiástico como sede catedralicia y residencia episcopal. Sede de una diócesis que, restaurada en 1045 por García I el de Nájera, fue una de las más dilatadas de occidente. Se extendía no sólo por su demarcación actual, sino que alcanzaba por entero a las provincias de Alava y Vizcaya, y en parte a las de Guipúzcoa, Navarra, Soria, Burgos y Santander. Por eso quien hoy pretenda estudiar a fondo cualquier aspecto histórico, económico, religioso o administrativo de las tierras citadas no puede eludir el estudio de los fondos documentales del archivo de la Seo, casi todos ellos inéditos.

Calahorra es igualmente en potencia un gran centro de atracción turística no sólo por la benignidad de su clima, su buena cocina, la proximidad de ríos trucheros, montes generosos en caza y monumentos artísticos propios, sino por ser eje de una comarca artística muy interesante, a caballo como está de tres antiguos reinos medievales: Castilla, Navarra y Aragón, circunstancia que, sin duda, ha de mover en un futuro próximo a la industria hotelera.

En un radio de 80/100 kilómetros con anclaje en Calahorra se abre todo un abanico de posibilidades, una verdadera antología artística, que comienza por los neolíticos dólmenes de Laguardia, hasta desembocar en el arte actual, pasando por todas las etapas artísticas. Cuatro mil años de creación humana, de arte, están compendiados sin faltar ni una página, en torno a Calahorra, a hora y media de camino los más remotos.

Una docena de itinerarios, verdadera rosa de los vientos del arte, lleva a cada escenario natural, que, a veces, se realza con pinos, nieve, mares de trigo, angostos desfiladeros, mares empequeñecidos hechos pantanos. Calahorra debe explotar esta realidad como centro turístico local y regional, porque, afortunadamente, aún hay un gran contingente de visitantes que se mueven por motivos culturales, aparte del sol español que también comparte.

## **5. Calahorra, a través de sus monumentos.**

Pero la ciudad misma atesora monumentos suficientes para detener al curioso, algunos incluso apostillados con leyendas sabrosas.

Es cierto que ha desaparecido casi por completo el acueducto romano que aseguraba el abastecimiento de agua a la ciudad; y el lago artificial (Naumaquia) existente en lo que es hoy el paseo más hermoso de la ciudad, el Mercadal. También se han ocultado a la vista, merced a las edificaciones posteriores, las termas igualmente romanas, y que hoy pudieran muy fácilmente excavarse y constituir un hito destacado en el recorrido artístico de la ciudad. Quedan también huellas muy soterradas de otros edificios romanos (cárcel, silo, puente, fora, templo), vestigios ignorados del esplendor de la ciudad en este enclave histórico.

Afortunadamente para la cultura se han podido salvar muchos objetos de arte mueble y una importante colección numismática que hoy se agrupan en un museo digno de mejor suerte.

Aparte de estos restos, suficientes para detener al caminante más exigente, la ciudad conserva importantes monumentos, retablos de filigrana, recias esculturas de la mejor escuela de Castilla, rincones evocadores, calles recónditas de una Calahorra medieval donde aún se puede disfrutar jugando a perderse, blasones de piedra, repentinos miradores sobre las tonalidades verdes del Ebro y del Cidacos. Precisamente esta sucesión un poco caprichosa en el tiempo y en el espacio da al recorrido ciudadano más sabor si cabe. Incluso para cada monumento, portada, plaza, calle sería

recomendable una hora determinada de visita. Y así, en vez de hablar del itinerario del gótico calahorrano o del barroco o de la ciudad vieja, hablar de la Calahorra del alba, del anochecer, del mediodía, de la lluvia o del sol. Del mirador de la Almena sobre el Arrabal con el sol naciente; del humilladero que alarga sus sombras con la puesta del sol; de la ciudad vieja, sosegada, silueteada por la luna; de las recoletas plazas de la Verdura y Píanillo de San Francisco, cuando el resto de la ciudad bulle.

Pero este recorrido no es para ser disfrutado por el hombre actual. Hoy se tiene que presentar todo comprimido, rápido y empaquetado. Aunque se trate de valores espirituales. Por eso nos tenemos que adaptar a un itinerario prefabricado.

Glorieta



Partamos del Humilladero (el Crucifijo), testigo del último gótico y del plateresco (1541), hito obligado de los viajeros de antaño, donde se postarían en acción de gracias por su buena andadura. Es uno de los lugares más apacibles, desde donde se domina el trepar de los edificios por el escarpe abierto por el Cidacos hasta coronar en la iglesia de San Francisco, en la antigua acrópolis.

Muy cercano, el edificio barroco del convento del Carmen (siglo XVII), cuya fábrica (ladrillo y mampuesto) es idéntica a la de la iglesia de las MM. Carmelitas (siglo XVII). En ambas, sendas esculturas del imaginero Gregorio Fernández son sus mejores joyas. En el convento del Carmen, una representación de la Virgen, muy venerada por los calahorranos, y en la iglesia de las MM. Carmelitas, un «Cristo atado a la columna», suficientes, sobre todo el segundo, para justificar una visita a Calahorra.

Y entre ambos conventos carmelitanos, la Catedral. Construida en la parte baja de la ciudad, junto al Cidacos, contra lo que es costumbre generalizada en este tipo de edificios, parece señalar el antiguo emplazamiento de un cementerio paleocristiano.

De tres naves, recogidas en dimensiones, con girola y claustro inconcluso, predomina en su estructura arquitectónica el estilo gótico de fines del siglo XV y comienzos del XVI, gótico final detectado en las estrellas caprichosas de sus cúpulas.

Desaparecidas la catedral visigótica y románica, la actual es efectivamente una ampliación de la gótica comenzada en 1243, de la que aún quedan algunos vestigios.

Mas, como casi todas las iglesias españolas, cada etapa artística fue dejando su huella en la Seo calahorrana: sepulcros góticos; portadas, retablos y sillería renacentistas; capillas barrocas; fachada neoclásica. Toda una antología artística de la que sobresalen con luz propia la magnífica sillería renacentista del coro (1532-1539); el retablo tríptico de la Visitación (siglo XVI), el plateresco de San Pedro (principios del siglo XVI) —quizás el más bello e importante de la ciudad—, la capilla de la Inmaculada, verdadera sinfonía churrigueresca, la de los Santos Emeterio y Celedonio, en el centro de la girola, notable, sobre todo, por su significado espiritual, y la pila bautismal del siglo XIV.

Junto a la importante sacristía, un pequeño museo catedralicio atesora auténticas obras de arte de los siglos XVI al XVIII. Ramillete de ese tesoro son la custodia gótica llamada «el Ciprés» (de mediados del siglo XV), cuadros de Ribera, Tiziano y algunos relacionados con Zurbarán, capas pluviales, ornamentos diversos.

La Catedral anida también leyendas populares, como la del Cristo de la Pelota, resto de un «Descendimiento» gótico, y al que la tradición convierte en árbitro de un lance de pelota, señalando con su brazo extendido al ganador del tanto en d'sputa. O la leyenda enmarcada en la plateresca portada



Jardines

Comienzo del paseo  
del Generalísimo



de San Jerónimo, en cuyo tímpano aparece el santo con lo que el vulgo creyó ser un pan, terminado el cual —dice la leyenda—, llegaría el fin del mundo. Por eso muchos malintencionados han tratado de terminarlo pronto por medios expeditivos. En realidad se trata del birrete doctoral de Jerónimo.

Entre la portada plateresca y el palacio episcopal (siglo XVIII), se inicia la calle del Arrabal, en tiempos calle Real, arteria sobresaliente de antaño por comunicar con el entonces puente romano, y que hoy constituye con sus adyacentes uno de los barrios más típicos de la ciudad. Vienen a darle más encanto el edificio señorial del antiguo Seminario Conciliar, los porches y, al final, el ya citado convento de las MM. Carmelitas. Pero, tal vez, lo que le presta mayor aliciente sea la uniformidad del material de construcción, el ladrillo, que hace de este sector y de toda la vieja Calahorra una ciudad casi mudéjar.

Al finalizar el Arrabal, se sube por la cuesta de Juan Ramos o por la calle Grande al nivel de la meseta para desembocar en lo que se está convirtiendo en uno de los paseos más atractivos de la ciudad, el de la Bellavista, dominando el valle del Cidacos cuando confluye en el Ebro. Muy cerca están por excavar las termas romanas.

Desde la Bellavista se inicia la visita de la ciudad alta: iglesia de San Andrés (siglo XVI), casco viejo (calles de Morcillón, Cabezo, San Sebastián, San Francisco, etc., y mirador de la Almena o Cabezo —uno de los lugares más encantadores de Calahorra—, el recolote Planillo de San Francisco y la iglesia de este nombre (siglo XVII), en la antigua acrópolis. Luego, pasada la cuesta del Postigo, escalera hecha calle, la plaza de la Verdura y, calle Mayor adelante, la iglesia de Santiago, de severo neoclasicismo, que abre su fachada al Raso, nombre castizo de la plaza de Quintiliano, en realidad el centro de la ciudad, donde se abrazan la Calahorra vieja y moderna. No muy lejos, un Portillo o mirador nos abre toda la vega del Cidacos.

Desde el Raso, la calle Grande nueva, cosmopolita y comercial, nos lleva a la Calahirra de hoy, al ensanche, donde hormigón, ladrillo, hierro y cristal producen monstruos de catorce plantas, silos, complejos deportivos, dinámicas iglesias como la de los Mártires.

El Mercadal sirve de línea divisoria entre la Calahorra tradicional y la moderna, como si ambas se quisieran mirar en las desaparecidas aguas de la antigua naumaquia romana. Mas antes de recorrerlo, de ver su cuidada jardinería, hay que detenerse en la Casa Consistorial donde, al amparo de la Biblioteca Municipal, un pequeño museo-archivo es testigo suficiente del pasado glorioso de la ciudad.

Luego, ya en el Mercadal, «la Moza», antiguo rollo jurisdiccional, miliario o muga, y «Matrona», símbolo de la ciudad que llegara a comer carne humana antes que entregarse al enemigo, ponen broche de leyenda a este itinerario cultural.



Es el itinerario hijo de un pasado glorioso; de un pasado que soporta toda una realidad presente. Una realidad que hace de Calahorra —que alcanzara la condición y título de ciudadanía hace 2.000 años por sus merecimientos militares, patrióticos, heróicos—, una ciudad actual, viva, hacia arriba y con futuro, en virtud, no sólo de ese pasado, sino de unas funciones desempeñadas dignamente hoy, de unos cometidos económicos, religiosos, culturales y administrativos.

**AGUSTIN UBIETO ARTETA**



INSTITUTO DE ESTUDIOS NAVALES

BIBLIOTECA

Fotos: JARKE y BELLA

